

paga se verificaría técnicamente
«satisfacción».

el ebanista. ¿Y qué me daréis

3, respondieron las viudas, no te-
specialidad: el veronal. Le paga-
le veronal.

El carpintero, el día siguiente al
una cantidad de pastillas de ve-
tres cuartas partes de su tienda.
de dormirse sus negocios. Nadie
ides ni pastillas. Sus aprendices
de la casa reclamaba los alqui-
aba con echarlo a la calle. La
bra, lo agarraba del pescuezo.

che, vencido pero no convencido,
aja de su hipnótico y se acostó
sus ataúdes, después de cerrar
as.

equilibrio económico sumó una

as del Director

breve comentario que hice un
olaborador del *Diario de Costa*
na carta de un obrero italiano
rollar su aguda inteligencia en
nal. Por sugestión de este obrero,

e hace concesiones al *Uso*, por
a, nos sirve de muy poco. El
d de que nadie nos lo enseñe:
mos, lo conocemos solitos. Al

diccionario o al lingüista le pedimos luz acerca de
la acepción y de la forma *propias* de un vocablo y
acerca de la *construcción* más clara de la oración
de que deseamos valernos.

El uso, así sea el de un gran escritor, hay que
descartarlo: si nos sometemos a él incondicional-
mente, bajamos en vez de subir. En materia de len-
guaje, como en todo, sube quien va hacia la univer-
salidad, respetando las naturales relaciones con el
pasado y con el presente de todos los hombres del
orbe. El vulgo es novelero: por el prurito de cambiar,
acepta modos o modas de expresión en contra de
la lógica, de la belleza y de la unidad de las lenguas.

La historia de los disparates consagrados por el
uso y admitidos en los diccionarios es infinita. La
palabra *manche* francesa equivale a las palabras *ma-
nica* italiana y *manga* española; pero el uso ha hecho
que el Canal de la Manga se llame canal de la
mancha en español, *Piemonte* en italiano y *Piémont*
en francés significan *al pie del monte*; pero el Dic-
cionario escribe *Piamonte*.

Hasta las formas que dan personalidad a la lengua
—sin borrar, antes bien subrayando los rasgos pro-
pios de su familia,— se están perdiendo por obra del
uso, consagrado por los académicos. Las terminacio-
nes *ado* y *era*, por ejemplo, no tienen ya su sentido
recto original. Ahora se escribe *el estudiantado* en
vez de *los estudiantes*; *el alumnado*, en vez de *los
alumnos*; *la aplanadera*, en vez de la aplanadora, etc.

La Academia Española va todavía más lejos en
este momento de desgracia filosófica. Sin cuidarse
de la nomenclatura gramatical que podría calificarse
de internacional; sin importarle un pito lo que el sen-
tido común pide, dice ella en su gramática «nueva
y reformada» que *amaré* es un futuro *imperfecto*, y